

# UN ARTE NECESARIO

"A mí los franceses me parecen muy monárquicos." Lo decía un paisano mío, al regreso de su primer garbeo por Paris. Luego lo explicaba con más detalle y era porque había visto no sé qué ceremonia oficial en Notre Dame, y también porque en los kioscos las revistas que más abundan no son las de desnudeces, como creen algunos, pero sí aquellas donde cuentan los idilios de las pocas princesas que por el mundo andan. Algo elemental era la conclusión, pero no se le puede negar su miaja de fundamento. Si allá observáis al guía que os toque en suerte, notaréis que os habla con orgullo de Bastilla pero sin la emoción que guarda para los salones de Versalles y otros reales sitios donde el "Son et Lumière", esa debilidad de nuestros vecinos, resucita voces y pasos ya perdidos en la eternidad.

Las imágenes del último relevo presidencial, vistas desde la butaca hogareña, me despertaron aquel recuerdo; pero también el de ocasiones personalmente vividas, cosas y casos del país de al lado, y de tal paseo por los caminos de la memoria traigo al papel "no un documento, sólo una música", al decir -aproximado- de Cocteau. Esa melodía restante, ese aroma, me están hablando de la convivencia.

Vivir puede ser una ciencia; convivir es, sobre todo, un arte. Para él están bien dotados los franceses. (Aunque -aquí la paradoja- no exista en su rico diccionario, que yo sepa, la palabra enteriza con que traducir nuestra "convivencia" -en su particular significación de vivir en buena armonía unas personas con otras-, y haya que dar uno de esos rodeos, coger uno de esos caminos que en todas las lenguas llevan a Roma.) El francés deja vivir a los demás franceses, y yo me tengo preguntado si lo hace por una virtud de alta jerarquía moral o sencillamente por egoísmo: para que los demás le dejen vivir a él. Pero tampoco importa demasiado la respuesta, cuando lo que vale son los resultados.

Ha llovido mucho desde que nuestros vecinos ultrapirenaicos le empezaron a buscar a la vida sus mejores jugos. Aquel rey de los frescos jardines de Pau, Enrique IV, bien sabía la importancia de su programa: que a ninguno de sus súbditos le faltase el pollo de cada domingo. El "monarca" de hasta hace unos días aspiraba -más aún- al pollo diario para los franceses, símbolo sustituible, claro está, por las variadas invenciones la gastronomía nacional; y a fabricar desde la máquina legislativa cuatro o cinco millones de nuevos y honestos capitalistas. Pero a nadie le aprovecha la mejor

pechuga ni le vale gran cosa el capital -coche, vacaciones, piscinas, espectáculos- si no se establece un orden para su saboreo.

En Francia hay una sincera devoción por la libertad, un culto. Libertad para pensar, ¡naturalmente! y para decir lo que se piensa; para vestirse como se quiera, y, a veces para desnudarse. Pero hay que admitir una limitación: la de la convivencia. El arte está en que sea una merma muy prudente, que pase lo más inadvertida. Si el ruido que promovemos perturba el silencio a que aspiran los demás, o si la plaza que ocupamos es en perjuicio del derecho de otro, alguien -con expresa autoridad o sin ella- nos recordará la suprema razón, aunque disculpándose: "Pardon, monsieur..., c'est le Règlement...".

No olvido una mañana de patrióticas charangas en los Campos Elíseos. Estaba pasando el general, y el buen pueblo de París, que también tiene su corazoncito, se alineaba en las aceras tras el cordón azul de la gendarmería. Un bohemio callejero, que allí dicen un "clochard", había adoptado la rígida posición de ¡firmes! y presentaba armas con su botella de vino "rouge" al paso del cortejo. Yo estaba aterrado, pensando que de un momento a otro vendrían a detenerlo. Sin embargo, sólo de vez en cuando le reprendía el guardia de al lado, y a mí me pareció que con escasa severidad -más bien con aburrimiento para lo que yo suponía muy grave desacato. Luego supe que la amonestación no era porque el mangante se obstinase en su paripé, sino porque de vez en cuando se salía un poco de la acera y ocupaba en la calzada unos centímetros que no eran suyos.

Papanatas cantor de lo foráneo, he aquí lo último que quisiera ser. He hablado de los franceses, pero a donde quería realmente venir es a los españoles. Si en esta España de nuestras entretelas cada vez más individuos -dicen- vamos a repartirnos más cosas, bueno será dedicar unas reflexiones a las maneras de no estorbarnos el disfrute, al arte de vivir con los demás. Sobre todo aquí, donde nuestro idioma permite decirlo en su justa palabra: convivencia, y basta.

**Antonio PEREIRA**